

## "LA UNIVERSIDAD Y MACONDO: IDENTIDAD COMO ELEMENTO POTENCIADOR"

M.Sc. José Henry Escobar Acosta  
Vicerrector de Investigación  
Universidad del Magdalena, Santa Marta, Colombia

*(Lección Inaugural Universidad de Puerto Rico, Noviembre de 2009)*

Cuando algunos conocieron el título de esta charla se habrán extrañado sobre la relación que puede haber entre la universidad y "Macondo", ese mítico, perdido y colorido pueblo del Caribe colombiano, escenario de la mundialmente famosa novela "Cien Años de Soledad", obra cumbre del Premio Nobel de Literatura colombiano Gabriel García Márquez.

Tienen que ver mucho, según el mensaje que quiero dejarles y el sentido que ha tomado la expresión "*macondo*", como símbolo de identidad, idiosincrasia y de una cultura (en nuestro caso de la cultura Caribe), pero que también puede significar cualquier forma de ser de cualquier pueblo del mundo.

Además, en su intimidad las pasiones, los odios y amores, los sueños y todos los vericuetos del alma humana y de su relacionamiento con las demás almas y con el entorno, son los mismos en todo el mundo; sólo cambian las formas de expresión, y las intensidades y ritmos de sentir según las épocas y edades. Una vez un joven aprendiz de escritor le preguntó al gran novelista ruso León Tolstoi, cómo podría llegar a ser un novelista universal, y el maestro le respondió:

*-“Hijo, solo aprende a describir tu aldea, y lo serás”.*

Por otro lado, la expresión "Universidad" se refiere a "universo", "universalidad", "universal" (que según el Diccionario de la Lengua Española significa: "*Que pertenece o se extiende a todo el mundo, a todos los países, a todos los tiempos*"). "Universidad" indica pues una institución que pretende comprender dentro de sí todos los conocimientos y saberes posibles y, actualmente, también múltiples

tareas y misiones. Pero ese concepto genérico no se opone a una realidad: cada universidad está ubicada en un territorio, en una región con una historia propia, con una cultura, y con características geográficas y económicas especiales; con habitantes que tienen cierta forma de ser, y recuerdos, realidades y sueños diferentes a los de otros lugares.

Eso es identidad, o personalidad regional, cuya expresión cotidiana sincera es la autenticidad, manera adecuada como los habitantes de una región desarrollan sus actividades sociales e individuales. Por tal razón relaciono los conceptos “Universidad” y “Macondo”, pues la singularidad, identidad e idiosincrasia deben estar presentes en cada universidad, lo cual además las hace diferentes entre sí y más valiosas.

Ahora bien, todas las identidades del mundo conforman la diversidad del planeta, que mal entendida y mal encausada provoca conflictos de todo tipo, pero en sentido positivo y vista como debe ser es enriquecedora. Es el necesario ejercicio de su relacionamiento, de su contraste, de su retroalimentación, del intercambio de sus saberes, herramientas y destrezas, y de su trabajo conjunto para obtener lo mejor de cada una en procura del desarrollo individual, regional y mundial.

Eso es lo que significa “Macondo” para una universidad: entender esta institución social como fuente, búsqueda, recreación, reforzamiento y templo de la manifestación de la identidad del territorio donde está ubicada y de los habitantes que lo ocupan, sin que ello se contraponga a la internacionalización y a la cooperación con el resto de los territorios nacionales y del mundo. Ambos ejercicios deben convivir y ser manejados, pues son herramientas claves de las diferentes misiones de una universidad.

El uno sin el otro impediría que una universidad sea tal, que tenga las características de la “universalización”, pues para ello hay que partir desde la identidad. No es posible presentarse al mundo e interactuar con éste sin origen, sin características propias y sin personalidad; como

tampoco tiene sentido encerrarse en el territorio sin hacer caso del mundo exterior, tanto para compararse y autoevaluarse como para recibir y ofrecer riqueza de todo tipo, en especial la referente al conocimiento, la investigación, la cultura y la educación.

Primero hay que reconocerse como ser individual para saber de los demás seres. (No puede haber “otro” sin “yo”, y viceversa). Primero hay que explorarse y comprenderse como región y nación para conocer y entender a las demás regiones y naciones. Por ello, la universidad debe ser el “alma máter” (bella expresión latina que significa “madre nutricia”, “qué alimenta”). La universidad debe propiciar (no crear) el reforzamiento de la identidad, para que ésta pueda enfrentar las demás identidades sin riesgo de ser absorbida.

Cada universidad nace y desarrolla sus misiones dentro de un contexto social, histórico y económico únicos; incluso, universidades de una misma ciudad tienen entre sí diferencias marcadas por procesos, programas, condiciones económicas, ideologías, orientaciones y naturaleza disímiles. Nunca una universidad es igual a otra, para bien de la diversidad social.

Es fundamental que ustedes comprendan la importancia de estudiar y vivir parte de su vida en una universidad de Latinoamérica, que según algunos paradigmas ciegos, no están en la elite de las más famosas y tradicionales del mundo. Eso no debe jamás hacerlos sentir en desventaja, ni cuando estudian ni en la vida profesional. Cada una tiene sus características, y me atrevo a decir que puede llegar a ser más pertinente estar vinculado a una universidad de la región en donde se vive, se vivirá y se ejercerá la profesión escogida.

La formación para la realización profesional, personal y como ciudadano, es más integral y pertinente cuando sucede en el propio entorno, en el cual existen las mismas dificultades, ventajas y condiciones donde se actuará.

Advierto que con esta última afirmación no niego que cursar estudios de cualquier nivel en naciones llamadas desarrolladas es importante. Todos los conocimientos adquiridos en todas las condiciones se necesitan para realizarse y sacar adelante a una sociedad, en especial en este mundo globalizado. Pero insisto en esto: globalizado no quiere decir identidad desaparecida y difuminada entre otras culturas por deslumbrantes, poderosas e influyentes que sean.

A la par que una universidad nace y crece en medio de dificultades y situaciones sociales conflictivas, el estudiante va en el mismo camino, y aprende a saltar los escollos, a manejar las dificultades, y a trabajar con escasos recursos; “a hacer más con menos”, lo cual lo convierte en un ser humano más fuerte y eficiente, y le moldea una personalidad demandante, crítica, interrogadora, ingeniosa y original, es decir, con una identidad también referente al grado de desarrollo, lo cual es clave.

Incluso, a veces esas dificultades y ese “tener menos”, son actitudes erradas y subestimaciones nacidas de un complejo de inferioridad histórico más que de una realidad. Como ejemplo está el caso de la investigación, básica labor social de la universidad moderna.

Las herramientas, los métodos y los procesos para la investigación no han sido siempre los mismos en el tiempo, ni tampoco hoy para todo el mundo tienen que ser los mismos utilizados por ciertos países. Quizá uno de nuestros errores ha sido dejado imponer con cierta complicidad técnicas, herramientas, algunas verdades relativas, y hasta las certificaciones y el idioma para investigar.

No podemos negar que en un mundo globalizado, donde se compite brutalmente a velocidades vertiginosas y donde los capitales no tienen fronteras, si se quieren lograr más rápido los fines es imposible no nutrirse de los medios desarrollados por las naciones avanzadas, ni usar sus códigos y referentes. Pero esa especie de imposición, al menos amerita una reflexión sobre su pertinencia, su intensidad y su necesidad, y, en especial, analizar si los resultados obtenidos en esas naciones

podrían generar la sociedad que queremos tener para nosotros según nuestros anhelos, objetivos e idiosincrasia.

Por ejemplo, una de las principales barreras que tanto usamos para disculparnos o quejarnos, es la escasez de equipos para investigar. Sin embargo, aunque existen dificultades materiales y financieras para ello, esa no es siempre la excusa válida, pues más bien se trata de un espíritu investigativo poco desarrollado. Es la actitud lo primero que debemos asumir para ser productores de conocimiento.

Para nadie es un secreto que los indicadores de investigación son muy bajos en países en vías desarrollo, y está claro que su avance es directamente proporcional al nivel de desarrollo de una nación. Pero escudarnos en la falta de recursos financieros para investigar, es autoatraparnos en un círculo vicioso: no investigamos porque no hay recursos y no hay recursos porque no investigamos, y toda la nación se va quedando rezagada debido a ese atoramiento.

Se trata ya de una situación que incide en la política internacional, en los equilibrios y desbalances entre naciones y países, lo cual genera tensiones, conflictos y contribuye a la formación de bloques, pues los países de menor desarrollo tienden a acogerse bajo el paraguas de los avanzados, lo cual crea descontentos internos y externos, y hasta conflictos graves.

En el mundo moderno no hay un instrumento más adecuado para el desarrollo que la educación, y esta sola sería la gran misión de las universidades (como de hecho lo es) cuyo sólo cumplimiento con cierta calidad pondría a estas instituciones en uno de los puntos más altos de todas las instituciones sociales modernas. Sin embargo, esa no es la única misión de una universidad. La universidad de hoy, en todo el mundo, es una máquina compleja, parte indispensable de un gran sistema de políticas y acciones que se realizan en una sociedad para lograr su transformación y progreso. El conocimiento es el que mueve

todo ese engranaje, pero debe ser un conocimiento que tenga trascendencia social y que sea transformador.

Y además del desarrollo mental, de la inteligencia, del conocimiento y de la educación, hay otro elemento clave que se convierte en el motor de cualquier tipo de progreso: se trata de la pasión, manera intensa de sentir y de querer ser más con respecto a sí mismo y a los demás. Ese sentimiento tiene que estar basado en la identidad, en la conciencia de pertenecer a un pueblo y a una región con características propias, con el orgullo regional o nacional, y con el convencimiento pleno de que la idiosincrasia hace la diferencia y crea las condiciones que propician un desarrollo distinto, y por tanto una gran capacidad de competir y de agregar valor al mundo. Es el amor a la tierra de origen:

*“Ama la tierra en que naciste,  
ámala es una y nada más,  
a la mujer que te parió,  
ámala es una y nada más.  
Ama a tu hermano ama tu raza,  
ámala es una y nada más.  
Ama tu sangre y no la riegues por ahí,  
ámala es una y nada más.”*

Algunos habrán escuchado el anterior fragmento de la canción “*Mi tierra*”, del cantante pop colombiano, Juanes. Les traje ese aparte porque contiene un clamor de la juventud hacia su tierra, sus ancestros y su raza, y muestra esa pasión por lo propio, sentimiento indispensable que debe acompañar cualquier actividad para que los resultados sean los mejores.

Hoy en día las diferencias entre las naciones provienen de las voluntades políticas internas y externas, que casi siempre nacen de los intereses y de la pasión. Basta la decisión de invertir una suma para que ello genere condiciones que propicien el surgimiento de nuevos conocimiento y tecnología, para que éstos se den en cualquier tipo de

país, ubicado donde sea y con las riquezas mínimas o máximas que pueda tener. Israel es claro ejemplo histórico de ello, muestra de cómo la pasión por un pasado y por un sueño es el mejor aglutinante y el más fuerte generador de progreso. Se trata es de actitud, de pasión, de voluntad y de gestión, y eso viene en la idiosincrasia, el espíritu y el carácter de un pueblo. Ese carácter se debe formar en las universidades.

En la región Caribe esa es la gran riqueza por desarrollar más. En mi departamento Magdalena en Colombia, perteneciente al Caribe, muchos hemos comprendido eso y lo hemos incorporado a la educación y a la misión general de la universidad. Una universidad Caribe es diferente a una universidad del interior del país, tiene que ser diferente si quiere salir adelante, no porque una sea mejor que la otra, sino porque crear y desarrollar una universidad tiene como requisito esencial entender el entorno y la identidad, y surgir en medio del contexto social y geográfico.

La identidad Caribe, la “*macondianidad*” en nuestro caso, si me permiten usar este término, es nuestro motor, nuestra característica diferenciadora que nos da ese factor de competitividad, y que no se opone a los demás (por ejemplo, a los del interior colombiano), sino que lo complementa.

Pero aun con ese orgullo caribe y de otras regiones en diversas artes y actividades, Colombia y muchos países de América hemos tenido contradicciones de identidad, pues aun somos naciones jóvenes comparadas con otras del mundo, somos débiles para hacernos sentir en ámbitos internacionales, y tenemos cierta subestima originada en nuestro atraso económico y en la influencia cultural ajena, que siempre llega de la mano con las ayudas e inversiones extranjeras. En esas crisis de identidad es cuando empezamos a perder nuestra riqueza material e inmaterial, y nuestras herramientas propias que incluso son milenarias.

William Ospina, escritor colombiano hace poco ganador del premio de novela Rómulo Gallegos, además de su importancia literaria es un gran pensador, original e incisivo. Quiero transcribirlas una frase que él menciona en un magistral ensayo denominado “*¿Dónde esta la franja*

*Amarilla?*", en el cual retrata graciosa pero tristemente esa crisis de identidad que hemos vivido los colombianos y muchos americanos. La frase expresa:

*"Un chiste común dice que en Colombia los ricos quieren ser ingleses, los intelectuales quieren ser franceses, la clase media quiere ser norteamericana y los pobres quieren ser mejicanos".*

Aunque suene jocosos y es exagerado, pues Ospina lo menciona como chiste, se trata de una ocurrencia que nos retrata, puede que no siempre con las mismas apetencias, pero sí describe la crisis de identidad que tenemos, y que, repito, cuando emerge es un escollo que nos impide avanzar.

Es que a pesar de todo lo dicho anteriormente, aunque protejamos y potenciemos nuestra identidad, ello no quiere decir que Latinoamérica (unos países más, y otros menos), ya tenga una identidad definida. En primer lugar, porque las identidades regionales y nacionales nunca terminan de formarse, pues poco a poco se van configurando. El avance histórico moldeado por diversos factores de todo tipo, va decantando una esencia. Unos más y otros menos, esos factores van tocando los pueblos. Los más influyentes dejan un remanente que con los años va conformando la identidad. América es nueva, y en especial la región Caribe de Latinoamérica es una mezcla relativamente reciente de tres razas, que necesita varias generaciones para configurarse plenamente, y que siempre irá variando con los hechos, las influencias y los factores económicos, políticos y hasta climáticos.

De todas maneras, así esté todavía en una etapa de decantamiento y en mayor ebullición que otras regiones, la identidad es la que hoy tenemos, anclada en los pasados y con sus rasgos, y actualmente con una forma definida, así sea la foto de un proceso.

A riesgo de parecer inmodesto por ser originario de la región Caribe (como ustedes lo son), me atrevo a decir que entre varias regiones de



Latinoamérica esa crisis de identidad tiene una mínima representación en el Caribe, pues éste se distingue por tener unos habitantes auténticos. La cultura y las artes son la mejor manifestación de ello, pues son los aromas que despide una región, la manifestación de su alma.

Las universidades tienen una labor fundamental en este tema. Por un lado, desarrollar y divulgar esa identidad manifestada en todas las artes, y, por otro lado, valerse siempre de la identidad regional para adelantar todos los procesos y misiones, y propiciar que el espíritu auténtico fluya hacia más fáciles, amables y eficientes labores, como la educación y la investigación.

Para lograr este objetivo es necesario que entre todos conozcamos las identidades regionales más específicas, que de todas maneras existen dentro de esa gran identidad Caribe, pues hay diferentes historias y realidades de diversa índole, cuya comprensión mutua es indispensable para facilitar la integración de la gran nación Caribe. Por ello les quiero comentar algunos breves conceptos sobre la caracterización de Colombia, de su región Caribe, y del departamento del Magdalena, donde está ubicada la Universidad del mismo nombre.

El largo conflicto que ustedes saben sufre Colombia, afecta a todos los habitantes del país, y ninguna institución puede decir que de una u otra manera ha estado al margen de éste, unas más y otras menos, eso sí. Obviamente, las instituciones públicas, en especial los gobiernos que las personalizan, son las más relacionadas con el conflicto, pues al fin y al cabo son las encargadas de manejarlo y de solucionarlo en cumplimiento de su labor de garantizar el orden público y el derecho constitucional a la paz. Además, los poderes arrojados por las instituciones públicas son quizás uno de los botines más preciados por los cuales se lucha, aunque no en todos los casos.

Colombia, a pesar de contar con dos océanos, el Pacífico y el Atlántico (o mar Caribe como nos gusta llamarlo para reafirmar nuestra identidad), ha sido un país que poco ha aprovechado sus mares. Históricamente, la

vida nacional ha girado en torno a su capital, Bogotá, y en menor medida a otras ciudades como Medellín y Cali, situadas en los Andes, lejos de la costa Caribe. Esto hace que tengamos un país de regiones, marcadas no solo por la dualidad entre costeras y andinas, sino por otras dentro de éstas, y por la llanera y sureña.

Sin embargo, nadie se atreve a negar la importancia del Caribe colombiano, teniendo en cuenta su ventajosa posición geoestratégica para el país, para las Américas y para el mundo, y su pertenencia a la cuenca del Gran Caribe.

Los problemas históricos de Colombia no han surgido ni se han desarrollado en todas las regiones. De allí una de las dificultades para su solución, pues el tratamiento no puede ser igual en todo el país para conflictos de diversa índole en distintas regiones, aunque de todas maneras algunos con el tiempo se van nacionalizando.

La ubicación geográfica de la costa Caribe colombiana, y en concreto del departamento del Magdalena, es muy especial y propicia para ciertas actividades, al igual que su proceso histórico desde la Conquista y en especial en la Independencia.

Santa Marta, la capital del Magdalena, donde está la sede principal de la Universidad del Magdalena, fue la primera ciudad fundada en la América continental. De ella partieron los conquistadores españoles hacia el interior del país. Por esto, sus habitantes indígenas fueron los primeros en ser diezmados por los españoles cuando no esclavizados. Aquí pues se empieza a marcar una diferencia de tiempo en el proceso nacional.

Como no me puedo quedar mucho tiempo en esta parte, paso a decir ya que debido a su ubicación, y algo a su proceso histórico, el departamento del Magdalena y su capital Santa Marta, presentan algunas situaciones diferentes al resto de Colombia. La sociedad sigue siendo marcada por la segregación y división colonial, lo cual ha formado una elite compuesta por unas pocas familias que tienen en sus manos

casi todos los medios de producción y el comercio de la región y de la ciudad, reforzados por el poder político. Esto ha dificultado la democratización de los factores de producción y la democracia política, todo con cierto grado de conformismo de la gran mayoría de la sociedad que no tiene privilegios, pero que ha sabido acomodarse para sobrevivir mal o bien en la sociedad, aceptando esa división de siglos. Es un tema cultural.

En esta situación de desigualdad y de conflicto surge de nuevo la Universidad del Magdalena, con bríos renovados y frescos, desde otro sector de la sociedad marginado como actor de esas luchas (lo cual no quiere decir ajeno). La Universidad del Magdalena se va convirtiendo así en una esperanza, en una novedosa realidad que surge en medio de las dificultades. Los jóvenes y varios sectores de la sociedad, se van dando cuenta de que es posible la movilidad social y económica por otros medios diferentes a los tradicionales, lícitos e ilícitos. La educación, el conocimiento y una institución con los ojos puestos más allá del entorno tradicional y del tiempo presente, abren un nuevo horizonte a una región golpeada y a veces desesperanzada y entregada a los designios de otros. La autoestima se empieza a elevar y lo Caribe se empieza a reconocer como un valor diferenciador y transformador.

Durante la década de los años noventa, la Universidad del Magdalena vivió una época crítica y traumática por diversos motivos financieros y administrativos, no ajenos a la situación de la Región, como pasa en muchas universidades en ciertos momentos.

A principios del año 1998, para llevar a cabo un proceso de modernización institucional con el objetivo de salir de esa crisis, se conformó un comité de reestructuración, el cual, después de un año de trabajo, decidió implementar el macroproyecto "*Refundar la Universidad del Magdalena, un Proyecto Colectivo*", con la finalidad de dotar a la Universidad de un Plan de Desarrollo Estratégico.

Con este proceso de refundación se buscó concitar el interés de la comunidad magdalenense y Caribe para participar colectivamente en la elaboración del nuevo modelo de Universidad. En esta parte de nuestra historia, es donde quiero hacer énfasis en dos elementos cruciales que fueron la fórmula para llegar a lo que hoy tenemos:

En primer lugar, que se trató de un proyecto colectivo al cual fueron convocados todos los sectores de la sociedad, algunos de los cuales estaban incluso bastante afectados de una u otra manera por el conflicto regional y nacional ya mencionado. En segundo lugar, que ese proceso colectivo siempre tuvo presente la identidad Caribe y sus manifestaciones como aglutinante, como manera de bajar las tensiones sociales coyunturales, y de reconocer en la identidad un factor de igualdad y potenciador de creaciones conjuntas por encima de las divisiones.

Se convocaron numerosas mesas de trabajo en diferentes lugares del Departamento, en donde los ciudadanos eran invitados con medios alegóricos y caribes, usando danzas, ritmos, canciones y elementos del folclor. Ello desaparecía prevenciones, creaba confianza, tendía puentes, igualaba el lenguaje, y estimulaba la creatividad. En ese ambiente las comunidades empezaron a soñar con una universidad para todos surgida con las ideas de todos. Las personas hablaban de cómo se imaginaban una universidad para ellos, para sus hijos, para su región; desataban su espontaneidad Caribe al servicio de una idea integradora, de un proyecto y de un compromiso conjunto.

Eso legitimó la Universidad frente a la sociedad, pues todos se sintieron constructores, dueños y aportantes de lo que fue renaciendo y creciendo. Veían sus aportes y sus ideas allí reflejados. No era nada impuesto, ni un espacio extraño al cual eran invitados; era su espacio, su proceso construido por ellos mismos al son de los vallenatos, de los ritmos caribes y de las manifestaciones artísticas de la región. De esas mesas, alegres y matizadas de folclor Caribe, pero organizadas en

metodologías claras y serias, nació la refundación de una Universidad de todos y para todos.

De ese proceso colectivo surgió la necesidad de tener los estudios generales creadores de mejores personas y de identidad regional. Por ello tenemos hoy la Facultad de Estudios Generales de la Universidad del Magdalena, comprometida con el componente de educación general mediante la promoción de la formación integral de los estudiantes. Formar seres humanos, con arraigo a su tierra Caribe y conscientes del desarrollo regional es uno de sus objetivos.

Vimos la necesidad de contar con estos estudios generales, como manera de tener una Universidad con una base humana sólida y comprometida. Precisamente, el rector de ese tiempo, Carlos Caicedo Omar y el grupo que lo acompañó en esa labor de refundación colectiva, estuvimos investigando en varias universidades qué tipo de programas o proyectos podrían servirnos de fuente para implementar lo que queríamos, y lo mejor que encontramos fue la “Facultad de Estudios Generales” de esta Universidad, de la “Universidad de Puerto Rico”. Lo investigamos, lo estudiamos, nos empapamos de sus materias y métodos, y lo llevamos a la Universidad del Magdalena, amoldándolo a nuestra idiosincrasia y a nuestro momento histórico y situación económica.

(De ese proceso nos nace una inmensa gratitud con esta Universidad, que reitero acá frente a ustedes para que sepan lo que tienen, pues entre otras cosas, el sentimiento de agradecimiento es algo que les aconsejo jamás pierdan y más bien fortalezcan, con una muy buena memoria y mucha sinceridad. Es, además, uno de los rasgos más auténticos de la cultura Caribe; y no sólo sintiéndolo, sino diciéndolo, expresándolo de manera Caribe como nos nace y gusta hacerlo: desde el fondo del corazón y con alegría).

Se trata de una realidad académica formativa, reforzadora de nuestros valores culturales y coadyuvante en las diferentes etapas que nos ha

llevado a tener la Universidad de hoy, pues ese motor Caribe del que les he hablado se alimenta en gran parte de esta Facultad, que es la que contiene las fuentes en las cuales bebemos nuestra cultura Caribe con sus valores creadores y de persistencia.

Por un lado, se trata de propiciar que los estudiantes llenen los vacíos que puedan tener (o mejoren y fortalezcan lo que traen) en cuanto a sus competencias mínimas para afrontar con las mejores herramientas posibles los estudios profesionales, tales como redacción, oralidad, lógica matemática, capacidad de discernimiento, de sostener diálogos constructivos, de comunicarse, destrezas en investigación, sensibilización estética para apreciar las artes, formación de criterio, y, en especial, el aprender a pensar. Y, por otro lado, que los estudiantes tengan una base humana fuerte en cuanto a los valores individuales y colectivos, su compromiso con la sociedad y con la universidad, ética, moral, solidaridad, tolerancia, convivencia, cultura ciudadana, democracia, participación, trabajo en equipo, y sentido de pertenencia a su tierra y a su región.

En los primeros semestres de todos los programas, por medio de esa Facultad de Estudios Generales (dentro del Ciclo General, en el Eje de Formación Integral ), en la Universidad del Magdalena contamos con tres cátedras fundamentales para esta labor: “Universidad y Sociedad”, “Región y Contexto Caribe”, y “Ética y Valores”. También dentro de la Formación Integral, están las cátedras “Estado y Sociedad”, “Derechos y Deberes Ciudadanos”, “Territorio y Desarrollo Social”, “Gestión y Políticas Públicas”, y “Liderazgo Social y Liderazgo Político”. Quiero profundizar algo en las dos primeras, sin negar la importancia de las demás.

La primera, “Universidad y Sociedad”, trata de concientizar al estudiante que llega de su papel como ciudadano frente a la sociedad y su entorno, primero como estudiante y más tarde como profesional, de responsabilizarlo socialmente, de que perciba que pertenece a una sociedad y de que es parte de una comunidad que tiene la obligación de

mejorar. El estudiante no llega a la Universidad sólo para realizar un sueño personal ni para adiestrarse en algún arte, profesión u oficio que le permitirán ganarse la vida. Claro que esto último es parte de sus objetivos, pero no el único.

Además, debe entender que si la sociedad en la cual actúa y está inmerso no funciona adecuadamente, él tampoco lo podrá hacer. La responsabilidad social universitaria no sólo es un deber sino también una manera de buscar condiciones mejores para el desarrollo individual. En esta Cátedra el estudiante adquiere elementos para ubicarse en su entorno, para conocerlo mejor y para desarrollar herramientas y valores que le permitan incidir en él positivamente. Resumiendo: El estudiante debe llegar a la convicción de que el contexto no es externo sino que también hace parte de él. Sobre este tema dice el ya mencionado escritor colombiano William Ospina:

*“Lo primero que tenemos que aprender es a no hacer trampa, a respetar a los otros, a respetarnos a nosotros mismos, a tener un sentido de comunidad, a apreciar el valor del trabajo. Sentirnos pertenecer a una memoria, a un territorio, a un sistema de valores. ¿Están nuestra sociedad y nuestra escuela formándonos en esos principios? Que la gente haya tenido una costosa educación no significa que sea bien educada: parte de la violencia que padecemos no es fruto de seres iletrados; basta ver los foros de los periódicos para entender que hay gente que escribe con odio y con violencia; uno de los mayores males de nuestras sociedades, la corrupción, suele ser obra de gentes que lo han tenido todo, incluidos títulos universitarios.”*

La extensión es una herramienta clave para lograr esa formación de ciudadano comprometido con la sociedad. Para ello, en primer lugar, el estudiante debe conocer muy bien en el terreno esa realidad que lo rodea. El estudiante debe salir de los claustros y de los campus, y con él toda la Universidad sale, se extiende, se exhibe y permea el mayor número de lugares posibles, las comunidades, las empresas, las

entidades, las subregiones. Con esa extensión de la Universidad se logran 3 objetivos fundamentales:

Primero, se forma y capacita al estudiante confrontándolo en el buen sentido de la palabra con las comunidades, por difíciles que sean sus condiciones, con el objeto de que tenga siempre presente para quiénes está aprendiendo y formándose, dónde ejercerá su profesión y cómo debe orientar su formación para que de verdad sea útil y pertinente. Eso sólo se logra sintiendo, oliendo, escuchando y palpando ese entorno.

En segundo lugar, los habitantes de la sociedad externa, de los barrios, municipios, poblados y lugares con los cuales el estudiante y la comunidad universitaria trabajan, reciben unas ayudas de todo tipo, no asistencialistas, sino con el objeto de que comprendan que en su región hay una Universidad que los conoce, que les quiere ayudar a salir adelante, y que los tiene en cuenta. Con esto se logra una retroalimentación: ganan los estudiantes y la Universidad adecuándose a las realidades para ser pertinente, y ganan las comunidades que se sienten acompañadas y esperanzadas de mejorar su situación, al conocer gente que de verdad les ayuda y les quiere ayudar, en especial a aprender a ser mejores y capaces de salir adelante por sus propios medios.

Y en tercer lugar, la extensión es una manera de que la Universidad se muestre como institución clave en la región, como una entidad que puede modificar el desarrollo positivamente, y se va ganando un respeto y una admiración útiles para ese trabajo social con el entorno. Ambas cátedras, “Universidad y Sociedad” y “Región y Contexto Caribe”, se valen de la extensión universitaria para complementar sus contenidos y para optimizar la formación que ofrecen. Pero además, esa labor de extensión no se hace siempre sola por la Universidad, pues se propende porque se visiten las comunidades y se formulen e implementen los planes y programas en alianza con otras entidades, en especial con los gobiernos departamental y municipales. Ello fortalece el trabajo



permanente en conjunto y tiende puentes interinstitucionales indispensables para todos.

Precisamente, esa labor conjunta con la actual Gobernación del departamento del Magdalena, ha creado un clima de confianza entre Universidad y Estado y dirigencia política, que ha disminuido, casi acabado, las tensiones que se crearon en los tiempos difíciles de la Universidad, que casi la acaban.

Por otra parte, y pasando a la cátedra “Región y Contexto Caribe”, con ella se pretende propiciar en la comunidad académica la reflexión sobre las potencialidades, limitaciones, y retos de la región Caribe colombiana y la ciudad de Santa Marta, abordándolas en el contexto del Gran Caribe. Esa es una de las apuestas a la identidad de la Universidad del Magdalena.

Para que el estudiante aprenda a ser ciudadano debe comprender la ciudad, tomando tal concepto en sentido amplio, como región. Entender dónde recibe su formación y su instrucción y dónde actuará como profesional, es clave para saber desenvolverse como ciudadano, para interactuar con los demás y para saber qué hacer con respecto al desarrollo de su región. Ubicarse: saber de dónde viene, dónde está y hacia dónde va.

Históricamente la región Caribe colombiana ha estado sumida en situaciones de marcado rezago económico, social y político, no obstante la privilegiada oferta biofísica y su riqueza cultural pluriétnica. Por ello es pertinente brindar una orientación diferente según el destino de la región, pues ésta, como todas las del mundo, tiene ventajas comparativas y retos especiales. La Universidad ha comprendido su papel en ese proceso de ubicación y considera entonces pertinente en su filosofía institucional, incluir desde la academia el estudio y análisis de los fenómenos y problemáticas de la Región y de la ciudad de Santa Marta. Que permitan entenderlas, no sólo como espacios geográficos, sino como una región socialmente construida, la cual precisa de creciente

integración, de un elevado grado de identidad regional y de la aplicación de un proyecto político de desarrollo regional y local, como resultado de una historia y una cultura específica.

La cátedra “Región y Contexto Caribe” responde a la necesidad de generar procesos de conocimiento, re-conocimiento, empoderamiento y valoración de las potencialidades, pertinencia e identidad, retos, y posibilidades para lograr que esa porción de la geografía nacional e internacional sea una oportunidad de progreso, se reafirme frente a los procesos globalizadores que tienden a homogeneizarnos en detrimento de nuestras pertenencias, y comience así a brindarle el posicionamiento que se merece.

Siguiendo esta filosofía, los estudiantes de primer semestre de los diferentes programas que ofrece la Universidad del Magdalena, por medio de la mencionada Cátedra se aproximan al análisis crítico del Caribe colombiano y de la ciudad de Santa Marta, como partes integrantes del Gran Caribe, siempre con una actitud de liderazgo que los lleve a ser capaces de proponer, y que desde las diversas disciplinas de formación profesional estén capacitados para dar respuestas a los interrogantes que trata de formar la Cátedra en la mente de cada uno.

Se trata de que el estudiante comprenda el contexto de su región, en todos los ámbitos: histórico, étnico, geográfico, económico, social, y político. Sólo teniendo un conocimiento sistémico de toda esta realidad Caribe, se puede tener una identidad clara e inteligente, que sea potenciadora del desarrollo. Todas las disciplinas, todos los programas, todos los cursos de cualquier tipo, todas las actuaciones de extensión de la Universidad hacia la sociedad, todas las investigaciones, y también todos los procesos internos soportes de la Universidad del Magdalena, tienen que estar marcados por la identidad Caribe y por la responsabilidad social.

La Universidad siguió entonces su marcha y su progreso, con el buen viento y la buena mar nacidos del proceso de Refundación. En los años

2006 y 2007, todo este proyecto estaba funcionando viento en popa (como hoy sucede), pero se presentó una incómoda situación que luego generó una crisis grave para la Universidad. Fue consecuencia, por un lado, del crecimiento inusitado de la Universidad y de la importancia que fue adquiriendo en la ciudad y en el Departamento, y, por el otro, del agravamiento de la situación social y de orden público de la región.

Parte de la dirigencia política dominante en ese momento, empezó a ver una competencia en la Universidad, ante la importancia que la misma estaba tomando como referente social y posibilidad de transformación, pero también hay que reconocer que la Universidad no tendió los vínculos necesarios con el resto de la sociedad, incluyendo la clase dirigente. Esto generó choques institucionales en cuanto al papel de ambos sectores, su naturaleza y su alcance social.

Sin embargo, la comunidad universitaria volvió a sentar su posición de independencia, y mostró su inconformismo y protesta con alegría y con elementos caribes. Varias marchas defendiendo a la Universidad se realizaron en la ciudad, sin que nunca se generaran problemas de orden público. No se perdió la independencia, y más bien esa lucha fortaleció a la Universidad para bien de todos los sectores involucrados y de la sociedad.

Se superaron las crisis, tan graves, que en otras regiones hubieran acabado con la Universidad. Sin embargo, la forma como se les dio trámite, la manera como se afrontaron los escollos en las cuales siempre estuvo presente nuestra identidad, el espíritu Caribe y esa capacidad de superación con alegría, dio como resultado una Universidad que hoy es orgullo regional y nacional.

Para mostrarles el crecimiento de la Universidad en los últimos años, quiero darles algunas cifras comparativas sueltas: Un oneroso déficit de 26.000 millones de pesos colombianos en 1997, lo transformamos en un sano y real presupuesto de 74.000 millones en el presente año, convirtiéndonos en una entidad de educación superior pública de alta

credibilidad para las instituciones financieras internacionales. En la fecha, la cantidad de estudiantes inscritos se incrementó a 5.820, de tan solo 1.041 en 1997. En este mismo año se matricularon en pregrado apenas 2.206 estudiantes, y en el año actual lo hicieron 9.625.

De 4 docentes con formación doctoral subimos a 18 en el mismo período; y, además, 21 profesores se encuentran finalizando estudios doctorales financiados por la Universidad (es decir, un 26% de la planta docente posee título de doctor). Por otro lado, la oferta en pregrados aumentó de 12 en 1997, a 28 hoy, agrupados en 6 facultades. Los posgrados crecieron de 11 en el 2007, a 26 en la fecha. De no tener grupos de investigación en 1997, hoy contamos con 53, que realizan 87 proyectos de investigación, financiados por un fondo propio de investigación llamado FONCIENCIAS, en el cual se invierte estatutariamente del 3 al 6% del Presupuesto General de la Universidad.

Para no llenarlos de cifras, en resumen, me atrevo a decir que esa Universidad del Magdalena de hace 13 años antes del Proyecto de Refundación, era apenas un 20% de lo que es hoy, considerando todos los aspectos inherentes a una universidad moderna.

Hoy la Universidad sigue su marcha exitosa dentro de su identidad Caribe, fortaleciéndose con ese potenciador, cumpliendo su misión, y desarrollando sus programas bajo el liderazgo del actual Rector, Ruthber Escorcia Caballero, elegido democráticamente por la comunidad universitaria hace un año.

Por último, quiero invitarlos a que así como nosotros en la Universidad del Magdalena hemos tomado la identidad regional como elemento cohesionador, impulsor del desarrollo, y apaciguador y dirimente de conflictos, también ustedes mantengan siempre su idiosincrasia caribe por delante, con orgullo y con el convencimiento de que es el eje ideal para hacer universidad y para desarrollarse como personas, como comunidad y como nación. Por encima de las riquezas materiales, la idiosincrasia es el mayor recurso con que cuenta un pueblo: es

inalienable, indestructible mientras se le cultive y factor esencial para permanecer como región y como nación.

Así como la identidad es la fuerza poderosa y esencial para construir y desarrollar todas las misiones de una universidad, una universidad es a su vez el motor de una sociedad, y, por tanto, ese papel de la idiosincrasia y de la identidad es clave para el desarrollo de un pueblo. Nosotros los caribes tenemos una de las almas populares más fuertes y diferenciadoras del mundo, nuestra alegría, espontaneidad, sinceridad, tenacidad, creatividad y originalidad, nos hacen una región especial en el planeta, pero entre todas esas cualidades hay una que se destaca y que debemos nutrir día a día: el orgullo de ser lo que somos y como somos. Si seguimos en esa ruta, seremos diferentes de manera sincera y fácil, y el progreso que tanto buscamos y nos merecemos llegará más temprano que tarde.

Universidad, investigación, responsabilidad social, y cultivo y desarrollo de la identidad buscando las raíces, son los instrumentos claves para danzar el ritmo Caribe con orgullo en el panorama internacional. Macondo también vive en Puerto Rico, en Panamá, en Jamaica, en Costa Rica y en todas las naciones del Gran Caribe; y sus personajes tenaces, alegres, inteligentes y mágicos están en el alma de cada uno de ustedes, y, por supuesto, en el alma máter: en la Universidad Caribe y latinoamericana como aglutinante social, como creadora y divulgadora de conocimiento, como fuente nutricia de la identidad, y, por todo eso, como pieza esencial para el desarrollo de nuestras sociedades. Y tengan muy en cuenta que la universidad no es un claustro, un campus, unos profesores, unas directivas o unas aulas, no, la universidad son ustedes, y por tanto la universidad es lo que ustedes quieren que sea, lo cual indica que en ustedes mismos están el presente y el futuro de su nación. Por todo eso, ¡qué viva la universidad, qué vivan Puerto Rico y Colombia, qué viva el Caribe, qué viva Latinoamérica, y qué perdure Macondo en todo el mundo! Muchas gracias.

Bibliografía,

- ALDANA VALDÉS, Eduardo y otros. “Documento de los Sabios”, Colombia al Filo de la Oportunidad, Informe Conjunto. Misión Ciencia Educación y Desarrollo. Editora e Impresora Raranco Ltda. 1994. 153 p.
- DE LA CRUZ RESTREPO, Tony. Hendiduras y Fragmentos del África negra en el Caribe Colombiano. Premio de Ensayo Ciudad de Santa Marta 2008, evento concertado con el Ministerio de Cultura. Santa Marta. Asociación de Escritores del Magdalena. Gráficas Gutenberg Ltda. 2008. 84 p.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. Cien años de Soledad. Edición Conmemorativa Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. Grupo Editorial Norma S.A. 2007. 609 p.
- LUCIO A., Ricardo. ¿Qué tan Universidad es Nuestra Universidad? En: Revista “Educación y Cultura”. No. 26, mayo 1992. Trimestral. Bogotá. Centro de Estudios e Investigaciones Docentes de la Federación Colombiana de Educadores FECODE.
- OSPINA, William. Educación. En: Periódico EIESPECTADOR.COM, Bogotá, sección Opinión. 6-09-09.
- OSPINA, William. Colombia: El proyecto nacional y la franja amarilla. En: Revista La Hoja de Medellín, cartilla No. 4. Octubre de 1996.
- OSPINA, William. La Escuela de la Noche. Primera Edición, Bogotá. Colección Documentos. Editorial Norma S.A, 2008. 200 p.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la Lengua Española DRAE. Vigésima segunda edición, virtual.
- UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA, Boletín Estadístico 2004. Oficina Asesora de Planeación. Santa Marta. Editorial Gente Nueva. 2005. 355 p.
- ZULETA, Estanislao. Educación y Democracia, Un Campo de Combate. Compilación y edición: Hernán Suárez y Alberto Valencia. Corporación Tercer Milenio y Fundación Estanislao Zuleta. Segunda Edición. Imprelínea Ltda. 1995. 198 p.